

PALABRAS A LOS COLOMBIANOS DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, ANDRÉS PASTRANA

Bogotá, 8 de febrero de 2001

Colombianos:

Ustedes me dieron el mandato para hacer la paz y a ustedes les consta que no he dejado un solo día de trabajar por alcanzarla.

Lo he hecho aún a costa de mi popularidad, jugándome todo mi capital político y mi lugar en la historia de Colombia, porque yo también, como ustedes, creo que sólo en paz podrá nuestro país tener un futuro viable.

Ustedes me eligieron para buscar la paz, pero no una paz basada en la fuerza, sino una paz sustentada en la democracia, en el respeto a los derechos humanos, en la integridad de nuestro territorio, en el progreso económico y la justicia social.

Como lo he dicho en otras oportunidades, Colombia quiere la paz, pero no la paz a cualquier precio.

Hace nueve días les dije a las FARC, -y fueron testigos todos los colombianos-, que nuestro país no soporta que se sigan generando más expectativas, ni más incertidumbres, ni más frustraciones. Y propuse una reunión con su máximo líder, Manuel Marulanda, con el fin de saber, de una vez por todas, si ese grupo guerrillero está o no dispuesto a transitar, con seriedad y compromiso, el camino de la paz.

Pues bien: la reunión se llevó a cabo según lo previsto y hoy tengo que decirles a los colombianos, con pesar pero, sobre todo, con realismo y responsabilidad, que las FARC siguen colocando pretextos y obstáculos al proceso de paz, y que, en esas condiciones, no es posible continuar el proceso con ellas, tal como lo veníamos haciendo.

Yo he hecho hasta lo imposible por salvar este proceso que inicié y dirigí personalmente. Me he reunido en tres oportunidades con Manuel Marulanda, instalé personalmente en San Vicente del Caguán la Mesa de Diálogo y he estado al frente de todas las decisiones que ha implicado el proceso.

Pero para hablar se necesitan dos. Y la triste realidad es que las FARC no quieren seguir hablando, así disfracen esta intención bajo pretextos determinados como la presentación por el Gobierno de informes sobre la lucha contra los autodefensas o la discusión con ellos del Plan Colombia.

Son pretextos, y tenemos que llamar a las cosas por su nombre. En tanto 40 millones de colombianos accedimos a negociar con las FARC a pesar de que este grupo continuó secuestrando, asesinando, dinamitando y extorsionando, en una actitud intolerante y demencial, ahora son ellos los que no quieren hablar escudándose en pretextos.

Los grupos ilegales de autodefensa son criminales a quienes estamos persiguiendo con decisión, y lo hacemos, no por una imposición de las FARC, sino porque es nuestro deber como Gobierno preservar la vida e integridad de los colombianos de estos agentes de violencia y crueldad.

Asimismo, el Plan Colombia es un plan para el fortalecimiento de las instituciones, para la inversión social, para la sustitución de cultivos ilícitos y para la lucha contra el narcotráfico, y no podemos entrar a negociarlo con las FARC únicamente

porque a ellas no les conviene que luchemos contra una actividad, que, como el narcotráfico, es su principal fuente de financiamiento.

Como ustedes saben, teníamos una agenda temática con las FARC, que ya habíamos comenzado a adelantar. Se habían surtido las audiencias públicas sobre el primer tema escogido, que era el de la economía y el empleo, y ahora sólo quedaba sentarnos a negociar. Pero las FARC no quieren continuar.

Habíamos propuesto la humanización del conflicto y, para ello, intercambiamos con las FARC propuestas de cese al fuego y de hostilidades, para que pudiéramos dialogar en medio de la paz y no en medio de la guerra. Pero las FARC congelaron los diálogos el mismo día en que el Alto Comisionado iba a discutir estas propuestas con ellos.

Así no se puede seguir. Ni los colombianos ni la comunidad internacional podrían entenderlo. La negociación tiene que ser una negociación de verdad, dirigida a lograr acuerdos, y no sólo el trámite interminable de una agenda que no se ha cumplido.

La zona de distensión se creó para dialogar y negociar, pero, si no hay con quién hacerlo, la zona pierde su sentido. Por consiguiente, no prorrogaré más la zona de distensión, y, en forma prudente y sin afectar a la población de la zona, cumpliendo con nuestra palabra empeñada cuando la decretamos por primera vez, retornará a ella la presencia institucional de la Fuerza Pública.

El país no se va a acabar ni vamos a entrar a una terrible guerra sin cuartel. De hecho, la confrontación, durante los diálogos y la negociación, siempre existió, luego no hay razón para que se incremente.

Éste es sólo un tropiezo en el camino de la paz, que podemos y debemos superar entre todos, más aún si somos conscientes de que hoy tenemos unas Fuerzas Armadas sólidas, profesionales, modernas y fortalecidas, respetuosas de los derechos humanos, que seguirán cumpliendo con absoluta dedicación su misión de defender a los colombianos de los ataques de los violentos.

La Patria sigue adelante, más unida que antes. Y todos –estoy seguro- continuaremos apoyando la labor abnegada de los valientes miembros de las fuerzas legítimas de la nación.

Pero que quede claro: Este no es el final. Yo seguiré buscando la paz, de la mano de todos ustedes. Por los medios que sea necesario. Mantendré abiertas las puertas del diálogo y la negociación, porque sigo convencido de que ésta es la mejor salida para el conflicto interno que sufre nuestro país. Pero no someteré al pueblo colombiano a la arrogancia de unos interlocutores que dicen querer la paz, pero la cubren de pretextos.

Que Dios los bendiga. Y que Dios me bendiga.